

EL PENSAMIENTO POLITICO DE UNAMUNO

ELÍAS DÍAZ: *Revisión de Unamuno (Análisis crítico de su pensamiento político)*, Madrid, edit. Tecnos, 1968, 212 págs.

Las implicaciones políticas del pensamiento de Unamuno han suscitado estudios y trabajos de interés muy diverso y no siempre esclarecedores. Abundan, al rozar un tema tan delicado, los exabruptos —de uno u otro color—, la gacetilla apresurada y de circunstancias, el engaste unilateral de media docena de citas convenientemente aisladas de su contexto y, en fin, cuantos procedimientos nacen de la prisa, la conveniencia o la pereza. No es éste, ciertamente, el caso del libro que nos ocupa. Elías Díaz ha emprendido el trabajo con una aparente desventaja inicial: la existencia de dos recientes y valiosos estudios sobre el tema, como son los artículos de C. Blanco Aguinaga sobre el socialismo de Unamuno (en *Revista de Occidente*, núm. 41, agosto 1966, y *CCMU*, XVIII, 1968) y el libro *Política y sociedad en el primer Unamuno: 1894-1904*, de R. Pérez de la Dehesa (Madrid, ed. Ciencia Nueva, 1966). Digamos inmediatamente que el libro de Elías Díaz se propone objetivos más amplios, puesto que el autor no ha limitado su campo de estudio a un aspecto o una etapa del pensamiento unamuniano. Por el contrario, ha extendido el análisis hasta cubrir buena parte de la ideología política del escritor, con sus mutaciones y altibajos a lo largo de su vida. El libro es, pues, cualquier cosa menos esquemático. Díaz se ha planteado con clarividencia la extraordinaria complejidad del tema y lo ha atacado a fondo, sin rehuir escollos. Su libro resulta, así, un rico manantial de ideas y sugerencias —casi siempre apoyadas en citas del propio Unamuno— que la brevedad de una reseña no puede abarcar. Intentaremos dar tan sólo una esquemática idea de su contenido.

Unamuno es “un liberal que vive profundamente y a su modo la crisis del liberalismo político del XIX” (pág. 13). Este liberalismo se vincula en Unamuno al “libre examen” protestante —idea apuntada ya por Aranguren—, y de ahí que el catolicismo se le aparezca con frecuencia como algo opuesto al liberalismo. La religión es un instrumento espiritual para consolar al hombre y hacerle soportable la vida. Los demás problemas —políticos, humanos, etc.— “sólo son pura distracción y evasión, cosas para pasar el tiempo, de las que en el fondo Unamuno casi nunca se preocupará con suficiente seriedad, interés y objetividad” (pág. 28). A pesar de su raíz liberal, o mejor aún, precisamente a causa de ella, Unamuno “no llegará nunca realmente al socialismo y a la democracia; su concep-

ción de la sociedad presentará siempre una contextura más bien individualista y minoritaria" (pág. 37). Es sintomática, por ejemplo, la coincidencia de Unamuno con amplios sectores del liberalismo clásico al considerar indiferenciadamente fascismo y comunismo como enemigos del liberalismo. Es cierto que Unamuno analizó con agudeza algunos aspectos del fascismo en su versión alemana: violencia, racismo, antiintelectualismo... Pero descuidó "el estudio de las motivaciones económicas capitalistas del fascismo" (pág. 40), lo que invalida, en gran parte, su crítica. De igual modo, su liberalismo conservador e individualista le impidió comprender el fenómeno de la sociedad de masas. El liberalismo de Unamuno y la democracia son dos actitudes inconciliables. Con estos supuestos no resulta extraña la patética incompreensión que Unamuno manifiesta ante los acontecimientos de la España republicana. "El viejo liberal decimonónico sigue añorando el sitio de Bilbao de 1874, incapaz ya de entender lo que significa —por primera vez en la historia de España— la presencia de las masas en la vida política" (pág. 126). Díaz insiste en este aspecto del pensamiento político de Unamuno, con palabras tajantes que vale la pena reproducir: "su liberalismo, su viejo liberalismo muy siglo XIX, individualista a pesar de todo, no logrará en verdad dar el paso decisivo hacia la democracia y el socialismo. Cada vez más en el tiempo... el liberalismo de Unamuno irá perfilándose con rasgos conservadores y minoritarios. Paralelamente, su concepción de la sociedad irá configurándose en una tendencia elitista, desde luego muy insuficientemente democrática" (pág. 136). Esto explica su incompreensión de la España republicana y la amargura de los últimos años del escritor. Parafraseando unas líneas de Ilya Ehreburg a propósito de Unamuno concluye Díaz: "La presencia de las masas, el choque con la realidad, determinó siempre en él ese alejamiento hacia la España soñada, hacia la España de su utopía desde la cual cada vez se entendía peor la España real" (pág. 190).

Basten estas notas para dar idea del rico contenido que el libro ofrece. Ciertamente que muchas de sus observaciones eran ya datos conocidos. La novedad consiste en integrarlos dentro de un contexto general y en revisar minuciosamente no pocos puntos controvertidos aún hoy. En este sentido, el libro es, por tanto, muy destacable en la amplia bibliografía unamuniana. Algunos neologismos innecesarios —*conflictual*, *elitismo*, *elitista*, *extermiación*, etc.— no llegan a empañar decisivamente la lectura.

El autor ofrece al final un apéndice bibliográfico de 21 páginas a dos columnas sobre el cual convendrá hacer ciertas observaciones. No parece necesario recoger escrupulosamente todas las obras de Unamuno con mención explícita de sus primeras ediciones, puesto que son datos de fácil acarreo; ni señalar pormenorizadamente el contenido de cada uno de los dieciséis volúmenes de *Obras completas* editados por M. García Blanco; no se trata aquí de elaborar un catálogo editorial. En cuanto a la bibliografía sobre Unamuno del apéndice, Elías Díaz señala que recogerá sólo

aquellas obras “especialmente referidas a los aspectos que —de modo principal o derivado— más afectan a su pensamiento político” (pág. 195). Si ello es así, no parece justificada en absoluto la inclusión del artículo de F. de Onís “Mi primer recuerdo de Unamuno” (en *Strenae* de homenaje a M. García Blanco); tampoco cabría, según ese criterio, el artículo de Menéndez Pidal “Recuerdos referentes a Unamuno” (en CCMU, II, 1951). Recoger trabajos como *Unamuno, poeta*, de Rubén Darío —cuyo título es ya suficientemente expresivo—, o *Unamuno escritor*, de A. Hoyos, parecen contradecir igualmente el criterio señalado antes. Entre los escritos de M. García Blanco, Díaz ha seleccionado, junto con otros, el titulado *Don Miguel de Unamuno y la lengua española*, discurso inaugural del curso académico 1952-53 en la Universidad de Salamanca. Si se consideraba pertinente la inclusión de este trabajo, ¿por qué no recoger también “El ideario lingüístico de Miguel de Unamuno” (CCMU, V, 1954), de F. Huarte Morón, citado y utilizado, cuando aún se hallaba inédito, por M. García Blanco, como él mismo señala en la primera página de su discurso. Tampoco nos parece necesario incluir en la bibliografía el Decreto del B. O. E. de 10 de agosto de 1964, sobre conmemoración del centenario del nacimiento de Unamuno. Una revisión cuidadosa del apéndice bibliográfico hubiera mejorado la presentación del libro sin detrimento de su utilidad.

R. SENABRE